

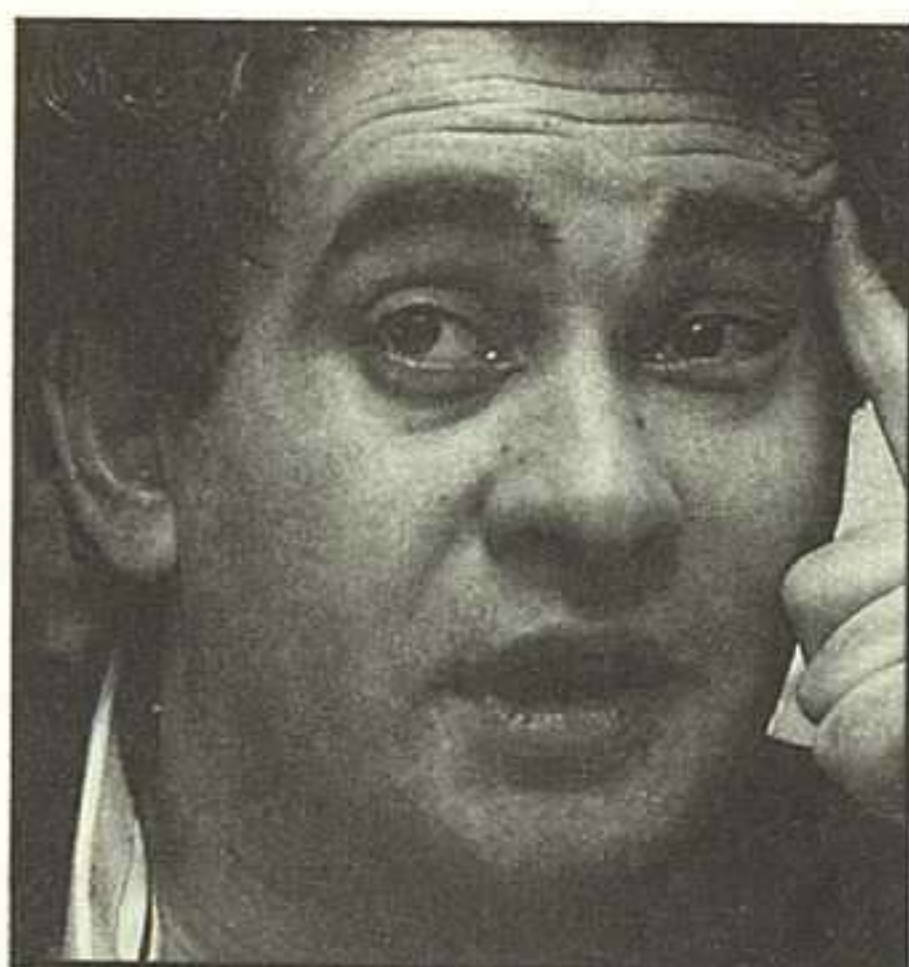
DICKENS

Papeles póstumos del club Pickwick

por Bernardo Atxaga



Charles Dickens.



Bernardo Atxaga.

Las aventuras del club Pickwick

Vuelvo a tener el libro de Dickens entre las manos, y lo primero que me viene a la memoria es la imagen de la habitación donde, hace ya unos veinticinco años, supe de la existencia del personaje que recorre todas sus páginas, el conspicuo Samuel Pickwick, presidente del famoso club y modelo

de todos los pickwickianos. Se me hacen otra vez presentes, sin esfuerzo alguno por mi parte —en virtud, quizá, del puro contacto de la yema de mis dedos con las tapas del viejo volumen—, las pinturas escolares que colgaban de las paredes de aquella habitación y el sofá tapizado en rojo; la estantería en la que se guardaban los

tebeos y los rompecabezas, los balones que rodaban por el suelo, la diana para los dardos y un montón de objetos más. Pero del libro como tal, en este primer momento, apenas si me acuerdo. Que me pareció muy divertido, eso sí, y que era de aventuras. De otras posibles cuestiones o detalles, ni una pizca.

Sin embargo, pasa ese primer instante, abro el libro, rompo el hechizo que me llevaba a recordar únicamente los alrededores de aquella mi primera lectura, e inmediatamente todo se me hace familiar, me reconozco, reconozco mi reacción de simpatía ante las palabras con que da comienzo el libro, y que dicen:

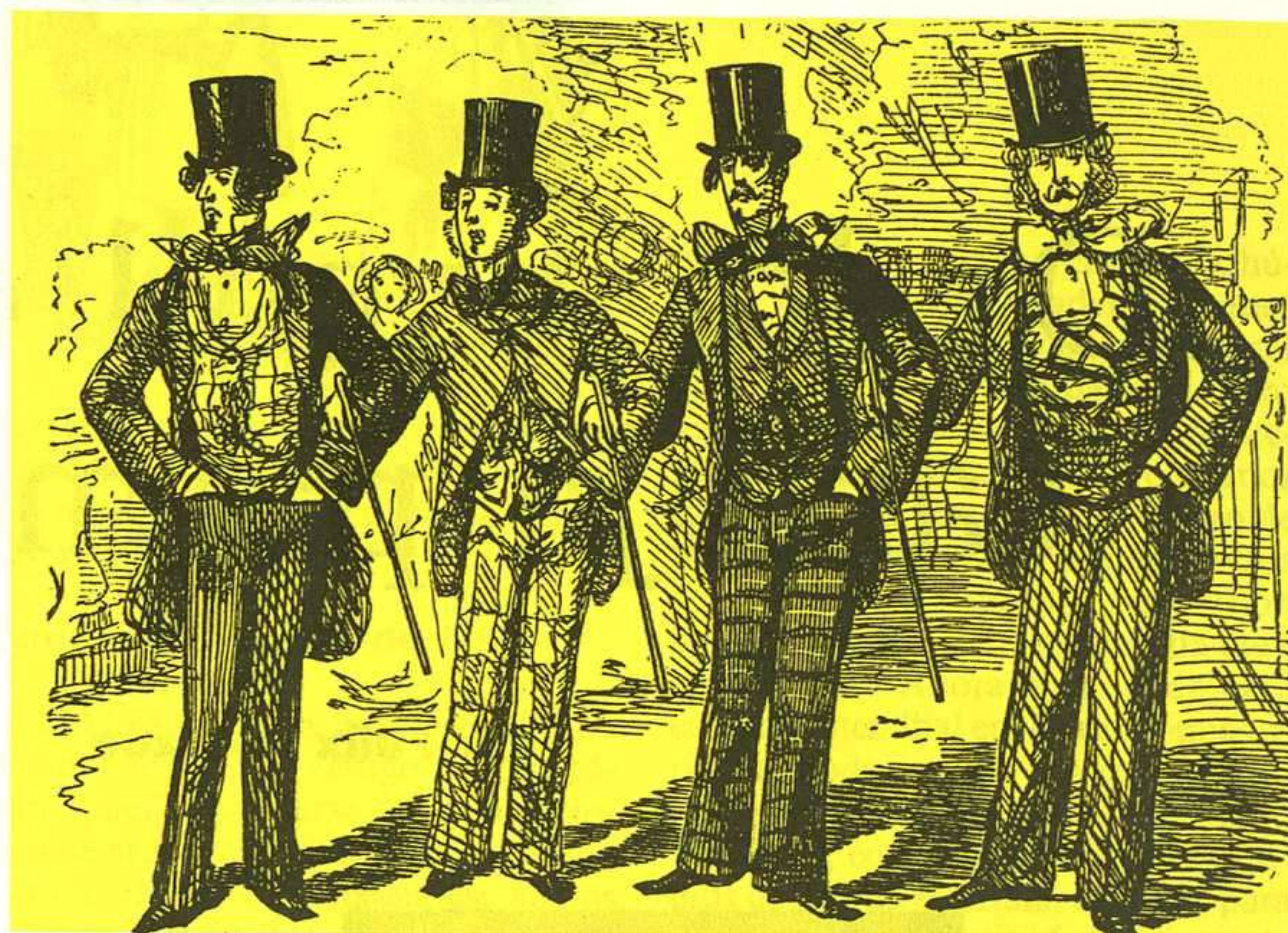
«El primer rayo de luz que hiera la penumbra y convierte en claridad ofuscante las tinieblas que parecían envolver los primeros tiempos de la vida pública del inmortal Pickwick.»

Me es suficiente, ya recuerdo, ya sé que lo que más importa en esta novela es su tono: exagerado, estrafalario, amable. Y por si hubiera dudas, ahí están, en ese mismo primer capítulo, las palabras que dan cuenta de la intervención del señor Pickwick ante los miembros de su club:

«Mr. Pickwick observó [dice el secretario] que la fama es un anhelo del corazón humano. La fama poética constituía un afán para el corazón de su amigo Snodgrass; la fama de las conquistas [amorosas] era igualmente ambicionada por su querido ami-

go Tupman, y el deseo de ganar celebridad por los deportes en tierra, aire y agua anidaba hondamente en el pecho de su amigo Winkle. Él mismo [Mr. Pickwick] no negaba sentirse influido por las humanas pasiones, por las afecciones humanas [Rumores], tal vez por las humanas flaquezas [Voces: No, no]; pero él aseguraba que si alguna vez el ardor de la vanidad brotaba en su pecho, el deseo del bien del humano linaje se sobreponía y ahogaba aquélla. Si la alabanza de los hombres era su trapezio de equilibrio, la filantropía era su clave de seguridad [Vehementes aclamaciones].»

Termino de leer el párrafo y pienso, no sin melancolía, que ésa es la gente que me gustaba entonces, en la época en que me regalaron el libro, y que ésa es también la gente que me gusta ahora. Personas como Pickwick y sus amigos, personas poco aptas para, digamos, el comercio y la banca; personas amistosas, educadas —exquisitamente educadas—, amantes de la buena mesa y de los buenos licores, ingenuos, irascibles ante la injusticia; personas, en definitiva, un poco locas, aunque en nada parecidas a la otra clase de locos —los *locos de mierda*; ególatras, histéricos, maledicentes y demás— con que uno se encuentra cada vez que da cuatro pasos por la calle. En ese sentido, resulta maravilloso saber que el Sr. Pickwick, con su *gigantesca mentalidad*, fue autor de un libro tan, presumiblemente, poco práctico como los de poesía, y que se tituló: *Especulaciones acerca del origen de los pantanos de Hampstead, con algunas observaciones sobre la teoría de los murciélagos*; y es también maravilloso que Winkle, el tremendo deportista, fuera en realidad un hombre torpe hasta la comicidad; o que Tupman, el maduro casanova, fuera gordísimo y no muy agraciado; o que a Snodgrass, el poeta, no se le cayeran los anillos —que, como se sabe, a los poetas se les suelen caer con suma facilidad—, por copiar y admirar los versos de un anciano



no reverendo. Pero no, me equivoco, no es eso lo maravilloso; lo maravilloso es que todos ellos, pese a sus limitaciones, pese a lo poco preparados que parecen estar para las miserias de la vida, consiguen divertirse, tener amigos, ser felices. Supongo, por todo ello, que el libro de Dickens podría gustar mucho a los jóvenes estudiantes de las escuelas, porque a nada nos aferramos más que a esa *dulce irresponsabilidad* que conforma nuestra infancia y que tan bien representan el Sr. Pickwick y sus amigos. Supongo también que el libro gustará mucho a todos aquellos que, como yo mismo, añoren los viejos tiempos y les guste hacer el vago, y les guste también dormir hasta las once de la mañana, y beber moderadamente, salir por las noches, preparar excursiones, leer hasta la madrugada.

Leer hasta la madrugada, digo, y eso es justamente lo que hago después de demorarme en ese primer capítulo. Me encuentro así con personajes como Pott, o con historias como la de los duendes que arrebataron a un sepulturero, o con descripciones tan excelentes como la que Dickens hace de la prisión de Fleet; y esa lectura, esos cientos de páginas, me llevan a considerar la grandeza de este autor, qué gran escritor era, qué imaginación tenía, qué enorme era su capacidad de

crear personajes (¡y pensar que los escritores de hoy en día apenas si somos capaces de ir más allá de ese narrador en primera persona tan parecido a nosotros mismos!). Observo también, y no sin sorpresa, que la forma que Dickens dio al libro, esa técnica consistente en intercalar historias dispares dentro de la historia general que cuenta las aventuras de los pickwickianos —relatos que Dickens pone en boca de los propios personajes—, tiene bastante similitud con la que yo utilizo en una parte de mi propio libro, y que quizá este *Papeles póstumos* (¡el primer libro de mi vida!) sea el *antecedente* directo de mis historias; y no esos otros textos que, por salir del paso, he solido confesar a los periodistas. Pienso, al hilo de este descubrimiento, que debe de ser verdad lo de que nada se olvida, que todo puede volver a salir, que todo —incluso lo que creemos olvidado— influye en nuestra vida y en nuestra literatura.

De todas formas, esta última cuestión no acaba de interesarme del todo. Tumbado en la cama vuelvo a pensar en Pickwick, y en la dulce irresponsabilidad, y en el comercio y la banca, y de nuevo en la dulce irresponsabilidad, y así es como poco a poco voy quedándome dormido con el libro entre las manos. ■